

NÉSTOR KOHAN

Un diálogo con Roque Dalton y Lenin, desde el siglo XXI

[Prólogo a *Un libro rojo para Lenin*]*

La historia en ayuda de las futuras rebeldías

Hace cuatro décadas Roque Dalton apeló al viejo militante salvadoreño Miguel Mármol para desenterrar y desempolvar una historia de rebeldía olvidada. No reconstruyó su testimonio sobre la insurrección salvadoreña de 1932 para ganar una beca ni para coronar una tesis universitaria. Con ayuda de Mármol (sobreviviente de aquella insurrección a pesar de haber sido fusilado), Roque fue en busca del pasado para así iluminar el presente y cargarlo de energía. De esta manera pretendía conjurar los fantasmas del quietismo, el «realismo», el culto de «lo posible» y la impotencia política que levanta altares paganos a la sempiterna «correlación de fuerzas objetivas».

Atravesados por esa misma inquietud espiritual y con intenciones análogas, hoy recurrimos al revolucionario y poeta Roque Dalton para pedirle socorro, inspiración, consejo y guía. Ahora le toca a él dar testimonio, aportar experiencias, reflexiones, pensamientos y sugerencias políticas, para así ayudar a una nueva generación a salir del *impasse* político y el desconcierto ideológico en que nos sumergió el neoliberalismo.

Lenin y el poder

Después de las derrotas insurgentes de los 60 y los genocidios militares de los 70, de la socialdemocratización y el posmodernismo de los 80, del desprecio de fundaciones y organizaciones no gubernamentales por

* Roque Dalton: *Un libro rojo para Lenin*, de próxima aparición, editado por Ocean Sur.

el marxismo revolucionario y la cooptación desfachada de los 90, Roque nos ofrece nuevamente la fruta prohibida. «Es conveniente leer a Lenin», nos sugiere, «actividad tan poco común en extensos sectores de revolucionarios contemporáneos».

Pero su consejo para las nuevas generaciones de militantes no queda detenido allí. Burlón, incisivo, irónico y mordaz, Dalton pone el dedo en la llaga. Luego de los relatos posmodernos y de aquellas tristes ilusiones que pretendían «cambiar el mundo sin tomar el poder», Roque nos provoca:

Cuando usted tenga el ejemplo de la primera revolución socialista hecha por la «vía pacífica», le ruego que me llame por teléfono. Si no me encuentra en casa, me deja un recado urgente con mi hijo menor, que para entonces ya sabrá mucho de problemas políticos.

A contramano de modas académicas y mercantiles, cruzando las fronteras tanto de la vieja izquierda eurocéntrica como de los equívocos seudolibertarios y falsamente horizontalistas de las ONG, la propuesta radical de Roque Dalton acude presurosa a llenar un vacío. Su relectura de Lenin nos permite responder los interrogantes que a nuestro paso nos presenta la esfinge. Roque focaliza la mirada crítica y la reflexión teórica en el problema fundamental del poder, desafío aún irresuelto en los procesos políticos contemporáneos de nuestra América. Tras varias décadas de eludir, ocultar o silenciar ese nudo problemático de todo pensamiento radical, recuperar la perspectiva antimperalista y anticapitalista de Roque puede ser de gran ayuda para someter a crítica las mistificaciones y atajos reformistas del posmodernismo, disfrazados con jerga aparentemente –sólo aparentemente– libertaria.

La redacción de este libro

El puntapié inicial para la redacción de *Un libro rojo para Lenin*, obra iconoclasta y provocadora, responde a una invitación de un reconocido intelectual cubano, el poeta Roberto Fernández Retamar, director de *Casa de las Américas*. En 1970, al cumplirse cien años del

nacimiento de Lenin, Fernández Retamar convoca a dos poetas a escribir sobre él: Roque y el intelectual haitiano René Depestre.

Esa puntada inicial, redactada en La Habana, se fue entretejiendo posteriormente con múltiples materiales que Dalton va acumulando para su investigación sobre la obra del principal teórico de la filosofía de la praxis –según lo definiera Antonio Gramsci.

Aquella primera redacción acerca de Lenin se termina de completar recién tres años más tarde, en julio de 1973, en Hanoi, Vietnam del norte. El libro nace entonces en La Habana y concluye en Vietnam. Un itinerario geográfico que es también político, índice expresivo de lo que Roque concibe como actualidad del leninismo.

El propio autor aclara al final del último poema de su libro, el «Ensayo de himno para la izquierda leninista», que su texto queda, adrede, inconcluso. Lo concibe como una obra abierta a los avatares de la revolución latinoamericana y a las nuevas lecturas que eventualmente se derivarán sobre Lenin en el futuro (su aclaración textual dice: «Poema inconcluso –mientras viva el autor–»). Después de su irracional y cobarde asesinato, ocurrido en 1975, la obra permanece como él la concibió, abierta.

Una reflexión de madurez

Dentro del arco de variación de su propia obra ensayística y política, *Un libro rojo para Lenin* constituye un texto de madurez.

Una vez que culmina, en 1965, su primera investigación sociológica y política –en forma de libro monográfico– sobre la historia de El Salvador, Roque comienza su tarea de maduración ideológica y radicalización política. Intentando trazar un puente directo entre Farabundo Martí y la estrategia fidelista-guevarista continental, el poeta aprovecha su estadía en Praga durante 1966 para husmear y reconstruir los testimonios orales de Miguel Mármol sobre la insurrección comunista de 1932. Esos testimonios fueron recogidos en extensas entrevistas –en forma manuscrita, sin grabador– a lo largo de tres semanas de mayo y junio de 1966. Fruto de esa rigurosa y obsesiva tarea saldrá el texto sobre la insu-

rrección de 1932 y la masacre que la aplastó a sangre y fuego. De ese trabajo se publicaron fragmentos, por primera vez, en enero de 1971, en el número 48 de la revista cubana *Pensamiento Crítico* con el título «Miguel Mármol: El Salvador 1930-1932». Más tarde, ya muerto Roque, se publicó el libro completo en forma póstuma. Fue en 1983. El volumen llevaba por título *Miguel Mármol. Los sucesos de 1932 en El Salvador* y fue editado por la Casa de las Américas.

En una etapa posterior de este trabajo intelectual y ensayístico, Roque se mete hasta las orejas en los debates políticos abiertos por Régis Debray en la segunda mitad de los años 60. De allí saldrá el libro polémico *Revolución en la revolución y la crítica de derecha*, donde el salvadoreño realiza su propio balance crítico sobre las absolutizaciones y unilateralidades de Debray, mientras al mismo tiempo ajusta cuentas con lo que denomina «la derecha del movimiento comunista latinoamericano» que por entonces arremetía contra Debray como una vía indirecta, menos comprometida y con menor costo político, para atacar a Fidel y al Che e impugnar a la Revolución Cubana.

De modo que *Un libro rojo para Lenin* no es una obra juvenil, producto de alguien entusiasmado y con voluntad, pero inexperto y recién llegado. Por el contrario, en la trayectoria biográfica e ideológica de Roque Dalton constituye la coronación de una prolongada búsqueda teórica (siempre nutrida y entrecruzada con experimentaciones poéticas y militancia política) que comienza investigando la propia historia insurreccional de El Salvador en los años 30 y continúa más tarde con la polémica sobre la estrategia de la lucha armada en la América Latina de los 60.

Su lectura-diálogo-*collage* sobre Lenin conforma entonces el punto maduro de llegada de esas indagaciones previas y el paso necesario que Roque emprende como plataforma ideológica de su incorporación activa a la lucha armada en su propio país.

El estilo de Roque: la ironía como arma

Al entablar una batalla ideológica de largo aliento contra todo un abanico de reformismos, Roque logra conjugar

un contenido revolucionario con una forma de expresión que violenta las cristalizaciones habituales del discurso de izquierda. Su estilo disruptivo, heterodoxo, iconoclasta, no es ajeno al contenido que pretende transmitir. No tiene sentido congelar una forma de expresión ni atarse a un solo género si se pretende transmitir un mensaje rebelde que rompa con los clichés y lugares comunes que impidieron durante décadas aprovechar y utilizar el inmenso arsenal teórico proporcionado por Lenin. Las rebeldías deberían estar, entonces, en ambos polos de la ecuación, en la forma y en el contenido, no sólo en este último. De este modo, Roque lleva a la práctica en su escritura ensayística los recursos que ya había empleado en su poesía. La cultura revolucionaria se vuelve más eficaz y adquiere mayor poder de fuego (y de convencimiento) cuanto más irónica y mordaz.

Esa ironía, tan propia y característica de su escritura, le ayuda también a reírse, o al menos a perderle el respeto a los géneros discursivos tradicionales. En ese sentido reaparece una y otra vez, en cada página de su libro, una pregunta que no por tácita resulta menos operante: ¿por qué la polémica ideológica no puede ser poética?, ¿por qué una obra poética debe renunciar a su proyección ideológico-política?

Al saltar por sobre los géneros, Roque combina poemas, relatos, anécdotas y hasta documentos históricos con las instrucciones de Lenin para realizar un sabotaje, emplear un molotov, asaltar una comisaría, construir un ejército revolucionario. En su conjunto, la obra constituye un inmenso *collage* en el que se integran materiales ensayísticos, biográficos, documentales, poéticos y pedagógicos.

Dentro de ese *collage*, en la aproximación a Lenin y en la crítica del reformismo que pretendió manipularlo, deformarlo o directamente rechazarlo, intervienen numerosas voces con las que él concuerda y polemiza.

Roque lo fue construyendo como un diálogo inacabado. En sus páginas aparecen también sus oponentes, personajes inventados que, desde el horizonte de la vieja izquierda metropolitana y eurocéntrica, intentan poner en duda la lectura leninista que, en clave latinoamericana, su autor nos propone.

Si bien es innegable que los personajes del diálogo-*collage* son múltiples, también es evidente que ese elenco numeroso cuenta con dos protagonistas centrales e inequívocos: Lenin y Roque, Roque y Lenin. Ambos, miembros activos de nuestra cofradía antimperialista y anticapitalista. Hacerlos hablar significa incorporarlos al juego, involucrarlos en la resolución de nuestros desafíos políticos actuales y nuestros interrogantes abiertos. Leer el libro implica, entonces, participar en el diálogo.

Pero el *collage* de Roque no es posmoderno, pues su propuesta de lectura-escritura tiene ejes y contornos netamente definidos, habitualmente despreciados y vilipendiados por el llamado «pensamiento débil». En primer lugar, la historia, especialmente la de la América Latina, aunque también la de otras revoluciones antimperialistas y anticapitalistas del mundo subdesarrollado. En segundo lugar, la ideología. En tercer lugar, el sujeto y, finalmente, en cuarto pero no en último lugar, la revolución. El *collage* de Dalton, repleto de retazos polifónicos, no tiene entonces nada que ver con la fragmentación entrecortada de un videoclip posmoderno, donde las partes coexisten yuxtapuestas sin un sentido articulador que las ordene y les otorgue una dirección.

En esa articulación de historia, ideología, sujeto y revolución, el relato no corre únicamente por cuenta de Roque. Junto al suyo, se oyen también otros discursos, permaneciendo el *collage* abierto y expresamente inconcluso como la misma revolución continental y la propia historia del marxismo latinoamericano en los cuales este libro se inserta.

La forma *collage* y el traspaso permanente de género en género no son las únicas notas definitorias de esta escritura. Al mismo tiempo debemos reconocer su humor, no como algo aleatorio o coyuntural, sino como un registro fundamental de toda la obra y visión de la vida de Roque Dalton.

El humor de Roque, por ejemplo, intercala sin ningún tipo de advertencia al lector, en medio de una rigurosa explicación de nuestro común amigo y compañero, el cubano Fernando Martínez Heredia, sobre el marxismo ruso, los terroristas populistas, Plejanov y el joven Lenin, la frase de la canción de Carlos Puebla: «Se

acabó la diversión, llegó el Comandante y mandó a parar». Una irrupción sin aviso que desconcierta al lector y, como aquellas viejas técnicas teatrales que utilizaba Bertolt Brecht en su dramaturgia, despiertan al espectador y lo zarandean para que tome distancia del relato y así avance críticamente en la conciencia. O también, aquella referencia a Gramsci y a su vínculo con la Internacional Comunista de su obra *Un libro levemente odioso*, donde Roque, en lugar de escribir doscientas setenta y cinco páginas repletas de notas al pie y documentos de archivo, resume su explicación con frases de... ¡un bolero!: «¿Qué le dijo el movimiento comunista internacional a Gramsci? No tengo edad, no tengo edaaaaa para amarte...».

El humor de Roque se convierte así en una herramienta desacralizadora, un modo permanente de acercarse al marxismo y en particular a Lenin evitando toda momificación, alivianando hasta corroer y disolver el peso del bronce que durante décadas aplastó su mensaje rebelde.

En medio de la risa y la ironía, Roque nos invita a pensar en voz alta, a reflexionar codo a codo y fraternalmente entre compañeros, manteniendo al mismo tiempo una ácida y agria polémica con los enemigos burgueses.

¿Lenin? ¿Cuál?

Después de investigar sobre la historia remota de El Salvador, de reconstruir la insurrección comunista de 1932 y de ajustar cuentas con todo el *affaire* Debray, Roque se vuelca a Lenin. No es casual. Los sectores más afines a la Unión Soviética y al llamado «tránsito pacífico» al socialismo invocaban su figura –con no poco cinismo– como antídoto frente a todos los «izquierdismos», principalmente el del Che Guevara y sus seguidores latinoamericanos.

¿Cuál es el Lenin al que aquí nos acerca Roque? Pues el Lenin del trabajo clandestino, el de la insurrección, el de la revolución y el de la lucha por el poder. En esta elección no hay arbitrariedad alguna, sino una perspectiva político-ideológica inequívoca. El gran presupuesto de Roque se asienta en una cosmovisión que

concibe al marxismo de manera viva, inflamable, como una teoría de la rebelión y no como una doctrina académica muerta asentada en una recopilación de citas «sagradas» tranquilizadoras. Según Roque

nos interesa muchísimo más el Lenin de la toma de Petrogrado y el Lenin que nos llega a través del Che Guevara y el general Giap, que el Lenin (genial, sin duda) de la NEP o el Lenin que nos llega a través del informe sobre los éxitos de la última cosecha de trigo en Ucrania.

La aproximación al máximo dirigente de la Revolución Rusa está dada por la historia, la del propio Lenin y la de sus lectores actuales, con problemas diversos a los de 1917 pero para los cuales el acudir al pensamiento del gran bolchevique puede resultar sumamente útil y provocador. De allí que Dalton, sucinto y económico, defina de la siguiente manera: «El leninismo es un complejo resultante de la historia, no una impenetrable bola de acero».

En esa aproximación a Lenin, que no por ser activa y en perspectiva deja de ser objetiva, no por tomar partido deja de ser rigurosa y estricta, no por elegir un perfil de abordaje deja de tomar en cuenta los documentos y la investigación historiográfica, Roque Dalton aclara a cada paso desde dónde habla y contra quién escribe. Sus interlocutores polémicos están abiertamente mentados en el poema «Contra quién es este libro». Además de oportunistas, allí los clasifica –una vez más, irónicamente– como *full backs de la burguesía*, aquellos que acusan de «blanquismo» a la naturaleza y a la historia o creen que la gran obra de Marx consiste en haber prevenido a la clase obrera contra el revolucionarismo excesivo.

Si está claro con quién es la polémica, también son nítidas las acusaciones que Roque pretende contestar. Están enumeradas en el poema titulado «En la polémica nos dicen». Esto es: anarquistas, bandoleros, extremistas, terroristas, antisociales...

Si hubiera que resumir, en una sola categoría de la historia política del movimiento socialista, todos esos insultos, ese concepto sería el de «blanquismo», refe-

rencia despectiva que remite al líder conspirador francés del siglo XIX Auguste Blanqui.

Roque se propone rescatar a Lenin (y con él a todo el marxismo revolucionario que no sirve de pasto de consumo académico) de las acusaciones de «blanquismo», pero también de otras que suelen acompañarlo: «aventurerismo», «putshismo», «romanticismo», «jacobinismo» y «babuvismo» (referencia despectiva que remite a Graco Babeuf). Todos estos epítetos, acuñados por la socialdemocracia de fines del siglo XIX y empleados por el estalinismo prosoviético durante la década de 1960 para insultar al Che, a Fidel y a los jóvenes revolucionarios que seguían a Cuba, fueron reflotados durante las décadas de 1980 y 1990 –ya muerto Roque– por ex comunistas arrepentidos, y socialdemócratas subsidiados por fundaciones alemanas o norteamericanas. Tanto en 1890, en 1967 como en 1980-1990 el objetivo de su uso ha sido el mismo: rechazar a cualquiera que se proponga ir más allá de los límites y protestas permitidas por el sistema de dominación capitalista. Demonizar a quien quiera sacar los pies del plato.

Toda la polémica ideológica entablada por Roque Dalton se propone, precisamente, defender la legitimidad política del pensamiento revolucionario latinoamericano y hacer jugar a Lenin en esa disputa, no como dogmático censor que reta con el dedo autoritario en alto a los jóvenes izquierdistas, sino como ácido impugnador del reformismo, la enfermedad senil del comunismo y de los «nuevos» movimientos sociales.

El Lenin que nos aproxima Roque, a través de discursos históricos, artículos o testimonios de investigadores, es el revolucionario que propone a los jóvenes fabricar molotov, organizar células clandestinas de combate callejero, el que recomienda pensar mejor qué hacer frente a las elecciones antes de participar en ellas con los ojos cerrados y bajo cualquier circunstancia, el que enseña el camino de la lucha frontal y armada contra los organismos de inteligencia y represión...

¡Pero Lenin, el más grande de todos, no está solo en este libro! Lo acompañan el Che Guevara, Fidel Castro, el general vietnamita Giap (que se cansó de derrotar y humillar a varios ejércitos del imperialismo japonés,

francés, yanqui...), Ho Chi Minh, Antonio Gramsci, György Lukács. Y obviamente no podía faltar el diablo...

Roque, Lenin y el diablo

Sí, en *Un libro rojo para Lenin* aparece León Trotsky. Roque extracta y reproduce fragmentos de su célebre *Historia de la revolución rusa* (el mismo libro que Ernesto Guevara se llevó para leer, extractar y anotar en Bolivia en 1966). Aquella voluminosa obra en la cual el fundador del Ejército Rojo bolchevique subraya las fuertes deudas que el marxismo revolucionario mantiene con Blanqui, sin obviar las diferencias recíprocas.

Hoy en día, en el siglo XXI, resultan más que útiles, seductores y sugerentes estos fragmentos de Trotsky sobre la violencia revolucionaria y el arte de la insurrección, inteligentemente extraídos e incorporados por Roque. Sirven sobremedida para compararlos con la obsesión pretendidamente «antifoquista» (en realidad espontaneísta y reformista) de Nahuel Moreno [Hugo Miguel Bressano] y algunos otros dirigentes trotskistas latinoamericanos menos conocidos que han terminado convirtiendo a Trotsky en un vulgar apologista de la participación electoral a toda costa y a como dé lugar. Aunque el blanco predilecto de Roque Dalton es, principalmente, la seudortodoxia oportunista de los soviéticos y el reformismo estalinista –por ejemplo, de Victorio Codovilla y Rodolfo Ghioldi, dos dirigentes del Partido Comunista argentino a quienes cuestiona en su otro libro *Revolución en la revolución y la crítica de derecha*–, el radio de alcance de sus polémicas llega más allá de ese espacio restringido. La lúcida reconstrucción de Roque Dalton deja bien en claro que León Trotsky se sentiría mucho más a gusto en compañía de los guevaristas latinoamericanos, «izquierdistas» y «románticos», que con las instituciones burguesas y las elecciones parlamentarias a las que tristemente lo han querido maniatar durante las últimas décadas en algunos de nuestros países.

¿Qué adopta Roque de Trotsky? Pues aquello según lo cual lo más difícil de resolver en una situación revolucionaria es el problema del sujeto colectivo y el papel

activo de los revolucionarios. En ese contexto, entre las principales trabas a remover, Trotsky identifica a la maquinaria institucional y sus habituales acusaciones de «blanquismo» utilizadas por la propaganda reformista para rechazar y demonizar a las corrientes de izquierda no institucionales o extraparlamentarias. En ese sentido, a Roque Dalton le llamó poderosamente la atención la forma en que el creador del Ejército Rojo bolchevique define al «blanquismo». Según el autor de *Historia de la revolución rusa*, reproducido por Dalton, por dicho término debe entenderse, no una desviación elitista, militarista o conspiradora del socialismo sino, por el contrario, «la esencia revolucionaria del pensamiento marxista». No es casual que Roque se haya detenido en este párrafo de Trotsky, ya que en la América Latina las corrientes más moderadas del movimiento comunista emplearon el término de «blanquismo» para descalificar a Fidel, al Che y a toda la nueva izquierda revolucionaria.

Al poner en discusión la visión falsamente apologética de Lenin, que lo convertía en una momia de mausoleo más preocupada por la «coexistencia pacífica» entre diversas potencias a nivel internacional y por la gobernabilidad interna de cada Estado a nivel nacional, que en incentivar futuras rebeliones populares, Dalton también realiza un beneficio de inventario sobre la teoría del partido. «El partido de Lenin es un partido de combate», afirma; «La mejor cuna del partido es el fuego». Su misión no es garantizar la paz (de los poderosos y los cementerios) sino encaminar a la juventud y la clase trabajadora «para la toma del poder». No es casual que las diversas organizaciones de la izquierda salvadoreña, pocos años después de que Roque escribiera este libro, se encaminaran –unidas en el Frente Farabundo Martí de Liberación Nacional (FMLN)– hacia el combate armado y la lucha revolucionaria por el poder. Justamente, hacia el final del volumen, Roque reproduce un fragmento periodístico que da cuenta de la actividad político-militar de las FPL (Fuerzas Populares de Liberación «Farabundo Martí», una de las principales expresiones que años después conformarían el FMLN). Marca de esta manera una línea de acción práctica en la política salvadoreña de aquellos días.

Lenin desde el marxismo latinoamericano

El poeta salvadoreño se propone nada menos que traducir a Lenin a nuestra lengua política, a nuestra idiosincrasia, a nuestra historia, insertándolo en lo más rebelde y radical de nuestras tradiciones revolucionarias. No es aleatorio que en su reconstrucción apele a otras experiencias de revoluciones en países del Tercer Mundo: la atrasada Rusia, la periférica China, Vietnam, Cuba, El Salvador... El Lenin de Roque se viste de moreno, de indígena, de mujer combativa, de campesino, de cristiano revolucionario, de habitante de población, villa miseria, cantegriles y favela, además de obrero industrial, moderno y urbano. La suya es una lectura ampliada de Lenin, pensada para que sea útil ya no exclusivamente en las grandes metrópolis del occidente europeo-norteamericano sino principalmente en el Tercer Mundo, única manera de mantenerlo vivo y al alcance de la mano en las rebeliones actuales de la América Latina.

Esa perspectiva permite comprender la dedicatoria del libro que, aunque está cargada de afecto y admiración, implica también una definición política, ya que Roque lo dedica «A Fidel Castro, primer leninista latinoamericano, en el XX aniversario del asalto al Cuartel Moncada, inicio de la *actualidad de la revolución* en nuestro Continente» [énfasis de R.D.]. Esa dedicatoria a Fidel retoma puntualmente la tesis central del libro de Lukács sobre Lenin [véase nuestro estudio preliminar a G. Lukács: *Lenin, la coherencia de su pensamiento*, La Habana, Ocean Sur, 2007].

Algunos de los problemas prioritarios que *Un libro rojo...* aborda tienen que ver con el carácter de la revolución latinoamericana y las vías («tránsito pacífico», confrontación directa, «no tomar el poder...», etcétera). Pero el abanico de problemas no se detiene allí. Pretende ser más extenso.

Lectura sobre las lecturas

La obra de Roque tiene como objetivo fundamental pensar y repensar qué significa el leninismo para y desde la América Latina. Su reflexión merece ser balanceada

y contrastada con algunas de las muchas aproximaciones análogas realizadas en nuestro Continente.

En primer lugar, con el «leninismo» construido por Victorio Codovilla y Rodolfo Ghioldi, dos de los principales exponentes argentinos de la corriente latinoamericana prosoviética. Estos dos dirigentes comenzaron a ser hegemónicos dentro del Partido Comunista argentino (PCA) a partir de 1928, cuando ya hacía diez años que este se había fundado. Alineados en forma férrea con la vertiente de Stalin en el Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS), Codovilla y Ghioldi pasaron a dirigir, de hecho, la sección suramericana de la Internacional Comunista (IC). Desde allí combatieron a José Carlos Mariátegui, difundieron sospechas sobre Julio Antonio Mella y criticaron duramente a todo el movimiento político-cultural de la Reforma Universitaria nacido en Córdoba. Cuarenta años más tarde, durante los años 60, Codovilla y Ghioldi volvieron a repetir la misma actitud de aquellos años 20, rechazando y combatiendo la nueva herejía que emanaba entonces de las barbas de Cuba. Desde ese ángulo, construyeron una pretendida «ortodoxia» leninista desde la cual persiguieron a cuanto «heterodoxo» se cruzara por delante. Lenin, en este registro estalinista rudimentario, se convierte en un recetario de fórmulas rígidas, propiciadoras del «frente popular», la alianza de clases con la llamada «burguesía nacional» y la separación de la revolución en rígidas etapas. Además, desde los años 50 en adelante, el «leninismo» de Codovilla y Ghioldi se fue convirtiendo en sinónimo de «tránsito pacífico» al socialismo y oposición a toda lucha armada (a pesar de que Ghioldi había participado en 1935 en la insurrección fallida encabezada por Luis Carlos Prestes en Brasil).

Todo el emprendimiento de Roque Dalton en *Un libro rojo para Lenin* constituye una crítica frontal y radical, punto por punto, parte por parte, de esta versión de «leninismo» divulgada y custodiada en nuestras tierras por Codovilla y Ghioldi.

En segundo lugar, en la América Latina el líder del Partido Comunista Uruguayo (PCU) Rodney Arismendi elaboró en *Lenin, la revolución y América Latina* una versión más refinada y meditada de «leninismo». La suya fue una lectura más sutil, inteligente y no tan vulgar

como la de Codovilla y Ghioldi –lo que le permitió cierto diálogo con la vertiente guevarista como el mismo Roque reconoce en su otro libro *Revolución en la revolución y la crítica de derecha*–, aunque el dirigente uruguayo compartiera en términos generales el mismo paradigma político que los dos dirigentes de la Argentina. La apropiación latinoamericana de Lenin que encara Arismendi –quien había realizado años atrás una aguda crítica del populismo de Haya de la Torre–, sin dejar de seguir a la línea soviética, al mismo tiempo abre el diálogo frente a la Revolución Cubana. En el libro de Arismendi sobre Lenin, ese difícil y complejo cruce conciliador entre la antigua corriente de los partidos comunistas prosoviéticos y la nueva corriente revolucionaria, de inspiración fidelista-guevarista, se expresa ya desde su misma dedicatoria, donde se entremezcla el recuerdo de «los fundadores y militantes del movimiento comunista de la América Latina» con la invocación «A Fidel Castro y sus compañeros, entre ellos el inmortal Guevara, que llevaron al triunfo la primera revolución socialista del Continente». A diferencia de Codovilla y Ghioldi quienes, en nombre de Lenin, fueron ardientes opositores de la estrategia cubana para la América Latina (cuando Ghioldi escribe «No puede haber «revolución en la revolución»» contra Régis Debray, en realidad arremete políticamente contra Fidel y el Che sin nombrarlos), Arismendi intenta integrar la perspectiva continental de la lucha armada con la estrategia de los partidos comunistas de «vía pacífica». La solución de Arismendi, a mitad de camino de dos estrategias diversas e incompatibles, conserva muchos de los lugares comunes –como la crítica al «blanquismo»– de la corriente prosoviética, pero lo hace de una forma original, sin seguir al pie de la letra los manuales soviéticos. No es casual que Arismendi haya sido uno de los pocos o quizá el único dirigente de un PC tradicional que participara en la Conferencia de la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS), reunida en La Habana en 1967.

En tercer lugar, y ya directamente bajo la estrella de la Revolución Cubana, la pedagoga chilena Marta Harnecker intentará una nueva aproximación a Lenin desde la América Latina. Lo hará desde la óptica políti-

ca y epistemológica althusseriana, ya que Marta ha sido durante años una de las principales alumnas y difusoras del pensamiento de Louis Althusser en idioma castellano y en tierras latinoamericanas. Ese intento de lectura se cristalizará en la obra *La revolución social (Lenin y la América Latina)*, de algún modo deudora de obras previas como *Táctica y estrategia; Enemigos, aliados y frente político*, así como de la más famosa de todas *Los conceptos elementales del materialismo histórico*. La obra pedagógica de Harnecker, mucho más apegada a Lenin que los anteriores intentos etapistas de Codovilla, Ghioldi o Arismendi, tiene un grado de sistematicidad mucho mayor que la de Roque Dalton. Sin embargo, por momentos los esquemas construidos por Marta rinden un tributo desmedido a situaciones, de hecho, coyunturales. Por eso sus libros teóricos van de algún modo «acompañando» los procesos políticos latinoamericanos. Así, perspectivas políticas determinadas se convierten, por momentos, en «modelos» casi universales: lucha guerrillera –como en Cuba– en los 60; lucha institucional y poder local –como en Brasil y Uruguay– en los 80 y 90; procesos de cambios radicales a través del ejército –como en Venezuela– desde el 2000.

El libro de Roque, sin duda menos sistemático y con menor cantidad de referencias y citas bibliográficas de los escritos de Lenin que estos manuales, posee sin embargo una mayor aproximación al núcleo fundamental del Lenin pensador de la revolución anticapitalista. La menor sistematicidad es compensada con una mayor frescura y, probablemente, con una mayor amplitud de perspectiva de pensamiento político.

En cuarto lugar, debemos recordar la operación de desmontaje que desde comienzos de los años 80 pretendieron realizar los argentinos Juan Carlos Portantiero, José Aricó (ambos, por entonces, exiliados en México) y Ernesto Laclau (residente, por libre voluntad, en la Academia británica), entre otros. Toda su relectura de Gramsci en clave explícita y expresamente antileninista constituye un sutil intento de fundamentar su pasaje y conversión de antiguas posiciones radicalizadas a posiciones moderadas (esta referencia vale para Portantiero y Aricó, no así para Laclau, quien nunca militó en la izquierda radical sino en la denomi-

nada «izquierda nacional», apoyabrazos progresista del populismo peronista). Concretamente, el ataque a Lenin (acusado de «blanquista», «jacobino» y «estatalista») y la manipulación de Gramsci (resignificado desde el eurocomunismo italiano y el posmodernismo francés) cumplen en los ensayos de Portantiero, Aricó y Laclau el atajo directo para legitimar con bombos y platillos «académicos» su ingreso alegre a la socialdemocracia, tras la renuncia a toda perspectiva anticapitalista. No podían realizar ese tránsito sin ajustar cuentas con la obra indomesticable de Lenin, hueso duro de roer, incluso para los académicos más hábiles en desvirtuar y fagocitar a los pensadores rebeldes.

El libro de Roque, pensado para discutir con el reformismo y el oportunismo de «la derecha del movimiento comunista latinoamericano», está repleto de argumentos que incluso les quedan grandes a las apologías parlamentaristas y reformistas de estos tres pensadores de la socialdemocracia.

En quinto lugar, no podemos obviar el reciente intento de John Holloway y sus seguidores latinoamericanos por responsabilizar a Lenin de todos los males y vicios habidos y por haber: sustitucionismo, verticalismo, autoritarismo, estatalismo, etcétera. La «novedad» que inaugura el planteo de Holloway consiste en que realiza el ataque contra las posiciones radicales que se derivan de Lenin con puntos de vista reformistas pero, a diferencia de los antiguos estalinistas prosoviéticos o de los socialdemócratas, él lo hace con lenguaje supuestamente de izquierda. La jerga pretendidamente libertaria encubre en Holloway un reformismo poco disimulado y una impotencia política mal digerida o no elaborada (extraída de un esquema académico demasiado abstracto de la experiencia neozapatista, caprichosamente despojada de toda perspectiva histórica o de toda referencia a las luchas campesinas del zapatismo de principios del siglo xx, que poco o nada interesan a Holloway). Toda la crítica de Roque Dalton golpea contra este tipo de planteos académicos al estilo de Holloway, aunque por vía indirecta, ya que al redactar su polémico *collage* Roque pretendía cuestionar posiciones más ingenuas, menos sutiles y, si se quiere, más transparentes en sus objetivos políticos.

Finalmente, a la hora de parangonar la lectura de Roque con otras lecturas latinoamericanas sobre Lenin, nos topamos con el reciente estudio de Atilio A. Boron. Este autor acude al *¿Qué hacer?* para analizarlo, interrogarlo y reivindicarlo desde la América Latina contemporánea.

No es casual que, como Roque Dalton, Boron llegue a una conclusión análoga cuando señala a Fidel Castro como uno de los grandes dirigentes políticos que han comprendido a fondo a Lenin. Particularmente, hace referencia a la importancia atribuida por Lenin a la teoría revolucionaria y a la conciencia, y lo parangona con el lugar privilegiado que ocupa la «batalla de ideas» en el pensamiento de Fidel.

Después de la rebelión popular argentina de diciembre de 2001, Boron analiza las tesis del *¿Qué hacer?* y las emplea para polemizar con el «espontaneísmo», sobre todo de John Holloway, quien de hecho clasifica a Lenin como un vulgar estatista autoritario. También polemiza con la noción deshilachada y difusa de «multitud» de Toni Negri, quien cree, erróneamente, que toda organización partidaria de las clases subalternas termina subordinando los movimientos sociales bajo el reinado del Estado. Crítico de ambas interpretaciones —la de Holloway y la de Negri—, Boron sostiene que gran parte de las revueltas populares de comienzos del siglo xxi han sido «vigorosas pero ineficaces», ya que no lograron, como en el caso argentino, instaurar un gobierno radicalmente distinto a los anteriores, ni construir un sujeto político, anticapitalista y antimperialista, perdurable en el tiempo.

En este tipo de lecturas, el leninismo de Boron mantiene una fuerte deuda con las hipótesis históricas del dirigente comunista uruguayo Arismendi, a quien cita explícitamente, aunque en el caso del argentino esas conclusiones a favor de un comunismo democrático estén completamente despojadas de todo vínculo con el estalinismo.

De la misma forma que el salvadoreño, en su trabajo sobre Lenin el argentino cuestiona «las monumentales estupideces pergeñadas por los ideólogos soviéticos y sus principales divulgadores». Si bien Boron y Dalton se esfuerzan por delimitar la reflexión de Lenin

de aquello en lo que derivó posteriormente en estalinismo, depositan sus miradas en aristas algo disímiles. Por ejemplo, mientras Boron critica –siguiendo a Marcel Liebman– la «actitud sumamente sectaria» de Lenin durante el período 1908-1912, Roque defiende aquellos escritos de Lenin, duros, inflexibles, propiciadores de la clandestinidad, del «partido obrero de combate» e incluso de la guerrilla.

Las reflexiones de *Un libro rojo para Lenin* tienen, evidentemente, vasos comunicantes con todas estas otras iniciativas intelectuales elaboradas en la América Latina pero contienen, además, una densidad específica y propia.

Con preocupaciones similares a todos estos abordajes, con los cuales polemiza o dialoga, el poeta salvadoreño le agrega a Lenin un atractivo extra, un «plus» picante y difícil de aferrar. El Lenin que él nos acerca se desmarca del manual, del eslogan, del *paper* académico, del esquema –sea el que sea– o de la cita de partido para volverse uno más de nosotros, una persona viva y militante, de carne y hueso, al alcance cotidiano de la mano.

Pensar más allá del progresismo y actuar más allá de la institucionalidad

La propuesta política de Roque, atravesada, sí, por las esperanzas ardientes de los años 60 e inflamada, también, por el huracán continental que generó en sus primeros años la Revolución Cubana, posee, sin embargo, una impactante actualidad. Si bien es cierto que el «espíritu de época», del cual se nutre Roque al escribir, no es exactamente el nuestro, también es verdad que su libro-*collage* pone sobre la mesa, casi brutalmente, un problema que permanece todavía irresuelto. ¿Cómo pensar en la América Latina los cambios radicales más allá de la institucionalidad sin abandonar, al mismo tiempo, la organicidad revolucionaria anticapitalista? Es decir, ¿cómo volver a colocar, en el centro de las discusiones, los proyectos y las estrategias revolucionarias latinoamericanas del siglo XXI, el problema del poder, abandonado, eludido o incluso negado durante un cuarto de siglo de hegemonía ideológica reformista o neoliberal?

Para obligarnos a pensar en estos problemas, a tocar el fuego con las manos, Roque provoca, molesta, incomoda. Se ríe y burla de los acomodaticios. Se mofa de las burocracias partidarias. Se toma en solfa la adustez engolada de los discursos académicos que citan mucho para no decir nada.

El libro de Roque también sirve para pensar las derrotas de las revoluciones latinoamericanas desde la izquierda, sin hacer tabla rasa con el pasado de lucha (como nos han propuesto a lo largo de estos años tantos conversos y arrepentidos, convertidos súbitamente en funcionarios de traje, reloj caro y corbata). Repleto de ironía, permite además hacer un balance meditado y reflexivo, rechazando el desarme político-ideológico que presupone la historiografía de «tierra arrasada», tan en boga durante los años 80 y 90, cuando se culpaba a la izquierda revolucionaria por los golpes de Estado, las desapariciones de personas, la inestabilidad política de la región, etcétera.

Además de todos estos aportes, que no son pocos, el libro de Roque nos puede permitir ensayar un balance crítico de las experiencias fallidas o trucas de los reformismos capitalistas «con rostro humano», luego de la denominada «transición a la democracia» de los años 80, superado ya el neoliberalismo de los 90 y después del gatopardismo «progresista» que se despliega a partir del año 2000.

Roque Dalton, Lenin y el socialismo del siglo XXI

Por todo esto, creemos no equivocarnos al afirmar que el ensayo-*collage*-poema inconcluso *Un libro rojo para Lenin*, heredero de Mariátegui y del Che, dedicado a Fidel Castro y dirigido a las nuevas generaciones de militantes por el socialismo, constituye uno de los principales clásicos del marxismo latinoamericano. Debería estudiarse en todas nuestras escuelas de formación política.

Su lectura no puede ni debe ser pasiva. Sumergirse en sus poemas irónicos, en sus textos teóricos, en sus documentos políticos, implica hacer hablar a Roque y a los interlocutores que él eligió para, acompañando a Lenin, construir su obra abierta y polifónica.

Insertado en lo más rico y original del pensamiento rebelde latinoamericano, este texto constituye una invitación exquisita para dialogar en voz alta con Lenin y Roque Dalton, dos personalidades queridas y entrañables. Ese diálogo debe apuntar a aprender de los erro-

res y aciertos del siglo xx y a pensar el significado del socialismo revolucionario del siglo xxi, nuestro próximo horizonte.

Buenos Aires, marzo de 2007 



ELADIO RIVADULLA:
cartel, 1959